

ACERCA DE LA CULTURA ARABIGA DEL ARCIPRESTE DE HITTA

En la comunicación que sobre el tema enunciado le formulé al XXVII Congreso Internacional de Orientalistas celebrado en la Universidad de Michigan (EE. UU.) del 13 al 19 de agosto de 1967, expuse de la manera resumida que sigue mi posición al respecto, procediendo ahora a agregarle, tan sólo, a la versión castellana del texto inglés, algunas notas complementarias que suplen, en su mayor parte, el comentario verbal que hice al leerlo :

« Se puede decir que desde la edición paleográfica del *Libro de Buen Amor* hecha por Ducamin, o sea en todo lo que va corrido del presente siglo, tanto dicho libro como la personalidad del autor se hallan sobre el tapete de la discusión. En efecto : están todavía en pie cuestiones como la autenticidad autobiográfica de la obra y hasta la historicidad de su autor, sus verdaderos objetivos, la originalidad de la estructura del libro y de su contenido, así como las influencias que más hayan gravitado en éste ; el significado del « buen amor », la realidad del encarcelamiento del Arcipreste, número de redacciones que hizo y algunos otros interrogantes más.

Partiendo de la historicidad del autor, que está admitida por la gran mayoría de los críticos, sucede que para tratar de contestar satisfactoriamente a esos interrogantes existe muy poca información, tanto sobre el Arcipreste mismo como acerca del resto de su labor literaria, salvo la escasísima que consigna en el Libro.

Por lo que atañe a los datos suministrados acerca de su persona — no a sus aventuras — se plantea la cuestión previa de admitir si son verdaderos o no. Sobre este particular existen tesis distintas : unas, en favor de su sinceridad (Menéndez y Pelayo, Kellermann, etc.) ; otras, en contra (Spitzer, Gybbon-Monypenny, Capecchi, Lida, etc.) ; y una tercera, en pro de su sinceridad parcial (Sánchez-Albornoz) ¹.

¹ En esta sintetización se ha prescindido de matices diferenciales secundarios, tomándose en cuenta las referencias del Arcipreste sobre hechos significativos de su vida, las

Ahora bien : ante la falta de otras fuentes de información para enfocar la personalidad de Juan Ruiz, nos hallamos forzosamente circunscriptos al único documento literario que dejó ; y a fin de poder trabajar sobre una base congruente, tenemos que tomar por auténtica, como razón de ser de nuestra indagación, la intención autobiográfica que lo anima cuando expone sus conocimientos o habla de ellos y de sus otras actividades literarias, lo cual habrá de sumarse a los indicios indirectos que surgen de sus relatos, comentarios y reflexiones. Es, en realidad, la vía seguida por los demás críticos al tratar de esclarecer sus móviles, el origen de sus ideas, el alcance de sus conocimientos y hasta sus vicisitudes personales, porque al fin y al cabo el Juan Ruiz en torno del cual se discurre es el Juan Ruiz que está en el libro y solamente ahí dentro ².

Sentada, pues, tal premisa, me he preocupado de inducir la realidad y la magnitud de la versación arábiga del autor, especialmente bajo el doble punto de vista de sus conocimientos de cultura islámica y de la posesión del idioma árabe en sus formas clásica y/o dialectal hispana.

Algunos estudiosos, al comentar el texto del *Libro de Buen Amor*, han concebido o dado por supuesto, explícita o implícitamente, que el Arcipreste estaba familiarizado con la cultura arábiga y que pudo leer libros escritos en ese idioma (Menéndez y Pelayo, Fernández y González, González Palencia, etc.) ³.

Sobre esa cuestión tengo que decir que el análisis del *Libro de Buen Amor* no me ha permitido llegar a una conclusión asertiva.

Según mi parecer, si el poeta hubiera tenido cultura árabe ella se habría reflejado con suficiente evidencia en su obra, donde aquél se complace en lucir su saber en los más diversos dominios. Así, aparte de su

convicciones que exhibe y las distintas exteriorizaciones que hace de su cultura. Ello no involucra el compromiso de creer siempre en la veracidad de sus afirmaciones. Sólo se las toma como dichas con la voluntad de autorretratarse así ante los demás, aceptándose las en la medida de su verosimilitud, si la crítica del libro mismo no permite su corroboración.

² El excepcional testimonio existente de un tercero, el del copista Alfonsus Peratineh, sobre el encarcelamiento del Arcipreste, y que consiste en el colofón que el mismo puso en el manuscrito de Salamanca, ha merecido serias objeciones por parte de varios estudiosos.

³ El Profesor Américo Castro, cuya opinión no puede dejarse de tomar en cuenta al tratar el presente tema, hizo constar expresamente, en su hora, que no afirmaba ni negaba que el Arcipreste supiese el árabe, pero sí sostuvo que « lo seguro es que leyó u oyó obras árabes, en esa lengua o en traducciones que no conocemos », de modo de poder seguir las « a veces al pie de la letra ». (*España en su Historia*, 1946, págs. 379 y 417).

erudición bíblica y eclesiástica, exhibe muestras de su versación literaria greco-latina con las apuntes mitológicas que intercala y, sobre todo, al hacer alusiones o al traer citas de figuras clásicas de alto rango (Platón, Aristóteles, Tolomeo, Catón el Antiguo, Ovidio, Virgilio, etc.). Por otra parte, ya se sabe que parafraseó a Ovidio y que adaptó y dramatizó la comedia *De Amore*, de Pamphilus. En este orden de préstamos, Lida ha verificado su vinculación con las ideas de Albertano de Brescia, y Lacey lo ha hecho con otras expresiones del pensamiento románico y helénico occidental, a todo lo cual hay que agregar la inserción de abundantes términos y frases latinas.

En cambio, a pesar de esa propensión erudita del autor, para nada se refiere o alude (ni aun en forma peyorativa, como hace en general con los Judíos) a cualquiera de las personalidades célebres que han tenido los Arabes, comenzando por Mahoma; como tampoco a alguna poesía, dicho u obra literaria relevante de éstos⁴ — incluso de los musulmanes españoles — ni a cualquier aspecto de la religión islámica, o, en fin, a algún hecho memorable o histórico de sus pueblos.

No podría compensar ese vacío la posible alusión, en la estrofa 1392, según Oliver Asín, al aporte del ajuar por el novio musulmán, ni la dudosa exclusividad árabe del canon ideal de belleza femenina expuesto por el poeta.

Tampoco serviría al efecto indicado la suficiencia técnica con que Juan Ruiz habla de música arábica al advertir — sin que nos conste que se haya verificado su acierto — cuáles son los instrumentos *no* apropiados para los cantares de esa lengua (estrofas 1516 y 1517); a lo que hay que añadir la enumeración que hace del instrumental árabe (estrofas 1227 a 1234) entre las consabidas retahilas o inventarios de cosas que gusta formular de acuerdo con la inveterada práctica seguida en la literatura medieval.

⁴ Por lo menos pudo haber explotado directamente y con gran provecho el veneno de cuentos árabes y las numerosas leyendas de su folklore. Lacey ha demostrado cómo lo poquísimo oriental que hay en materia de fábulas y cuentos ejemplares en el *Libro de Buen Amor* era ya conocido desde antes de Juan Ruiz en la Edad Media europea, por intermedio del griego y del hebreo como primera etapa y, como segunda, gracias a traducciones y adaptaciones latinas o romanceadas (*Calila y Dimna*, *Los Siete Sabios*, el *Libro de los Engaños* (versión del *Sendebär*), *Barlaam y Josafat*, etc.).

La idea básica del cuento del rey Alcaraz (se me ocurre que el nombre proviene de Al-Ĥārīṭ), presentada con sugestión oriental y que consiste en el cumplimiento de varios vaticinios aparentemente incompatibles, también tuvo precedentes occidentales (las historias de Merlin y Lailoken) como igualmente lo ha puesto en evidencia Lacey, sabiéndose de la existencia de una versión castellana de la historia del primero de ambos, que fue conocida a más tardar a principios del siglo xiv.

Refiriéndome al esporádico uso que ha hecho de la combinación estrófica de origen árabe llamada zéjel (< zaýal), en cuanto ello pudiere servir para inferir algún conocimiento de la poesía arábica por parte del Arcipreste, tal hecho también es inoperante, porque la forma del zéjel se empleaba o se había empleado (incluso, a veces, con rima interna) entre la cristiandad peninsular antes de Juan Ruiz (Alfonso el Sabio, Berceo, Dionís de Portugal).

En cuanto al plan del libro, de muy poco provecho le hubiera resultado al Arcipreste el conocimiento de las *maqāmas* árabes como modelo. El parecido con aquéllas es mínimo y muy inferior al ya escaso que hay con las *maqāmas* hebreas de España, a pesar de las afirmaciones de la Profesora Lida de Malkiel, cuyas conclusiones fueron rebatidas, con argumentos muy bien fundados, por el Profesor Sánchez-Albornoz.

Nótese que, en ese aspecto, las muy problemáticas influencias semíticas — árabe o hebrea — se eclipsarían ante la extraordinaria gravitación que habrían ejercido en la concepción del *Libro de Buen Amor*, no sólo en el fondo sino también en diversas modalidades estructurales, los notables precedentes de la literatura juglaresca hispana, con sus muchos ingredientes provenzales y goliardescos (Menéndez Pidal, Lecoy, Gybbon-Monypenny, Schutz, etc.).

La influencia oriental sí sería visible en el procedimiento de intercalar en una historia principal, a título de glosa o argumentación corroborante, varios apólogos y cuentos ejemplares redactados en serie concatenada, donde no suele faltar la moraleja en versos líricos. No obstante, esto tampoco debe tomarse como un hallazgo hecho por el Arcipreste mismo en fuentes orientales, puesto que entre la cristiandad hispana ya habían sentado precedentes muy anteriores a él, en los siglos XII y XIII, la *Disciplina Clericalis*, de Pedro Alfonso, y los fabularios *Calila y Dimna* y el *Sendebär* hechos traducir por Alfonso el Sabio.

En este mismo terreno de los precedentes literarios abrigo grandes dudas sobre la influencia directa de Ibn Ḥazm a través de su *Collar de la Paloma* (Castro), a pesar de la actitud autobiográfica de ambos autores y de algunas semejanzas, no sólo por el gran lapso cronológico que media entre las dos obras, sino por el impedimento idiomático a que me referiré más adelante.

El pseudoautobiografismo en general, como recurso literario, ya tenía antecedentes románicos (Ovidio, Boecio, San Agustín, etc.) y con especial referencia al amor cortés, cantado por los trovadores medievales, lo emplearon Dante y Von Lichtenstein (Gybbon-Monypenny). En cuanto a las coincidencias sobre los síntomas del enamoramiento podrían vero-

similmente provenir de observaciones sugeridas por el tema y las situaciones psicológicas que ambos autores trataron (Sánchez-Albornoz). En el mejor de los supuestos, cabría conjeturar, quizás, con García Gómez, que alguna noticia de las descripciones de Ibn Hazm pudieron haber llegado al Arcipreste por tradiciones populares ⁵.

Un caso parecido al de los signos del amor se plantea con ciertas semejanzas que existen entre el capítulo del *Libro de Buen Amor* intitulado « Ejemplo de la propiedad que el dinero ha » (estrofas 490 a 513) y la primera poesía contenida en la *maqāma* « Al-Dīnāriyya » (del dinar), tercera de la colección de Al-Harīrī (1054-1122). En dicha poesía, Abū Zayd hace el elogio de varias virtudes del dinero en torno a una moneda que se le obsequia ⁶.

La composición del Arcipreste es bastante más extensa que la de Al-Harīrī por su mayor abundancia en reflexiones analíticas. Aparte de numerosos tópicos en que no coinciden, ambos autores mencionan el desmesurado amor que por el dinero tienen los hombres, el ascendiente que le da, a quien lo posee, sobre los demás; cómo elimina las zozobras y tiene el poder de liberar cautivos, cómo conduce al éxito y permite alcanzar lo inaccesible para el común de las gentes. Pero el Arcipreste les da mayor desarrollo a estas ideas.

Por no poderlo hacer aquí, yo he de dar a conocer luego un estudio comparativo del texto castellano y del árabe, anticipando desde ya que no le atribuyo a las semejanzas otro valor que meras coincidencias sugeridas por la identidad del asunto. Como respecto a los signos del amor, cabría pensar también en las tradiciones populares, si se quiere extremar las presunciones.

Por otra parte, en el *Libro de Buen Amor*, el Arcipreste desliza algunas reflexiones irónicas o francamente peyorativas (sobre todo las de

⁵ Claro está que por igual vía es posible que le hubiese llegado al Arcipreste no sólo ese sino cualquier otro modelo oriental sobre distintos temas, pero en tales supuestos serían conocimientos de posesión comunitaria, más o menos difundidos en el ambiente. Tanto en dicho caso como en el de las traducciones especiales que Juan Ruiz pudo haberse procurado, estaríamos siempre ante una información de fuente indirecta. Por otra parte, colijo que si el Arcipreste tuvo quien le tradujera del árabe, tan valioso auxilio seguramente se habría reflejado con mayor amplitud y brillo en su libro.

⁶ No se sabe ni hay siquiera indicios para sospecharlo, que haya existido traducción o adaptación, en la Edad Media, de las *maqāmas* de Al-Harīrī. Es un « tour de force » que recién fue intentado en el siglo XIX, y con resultados medianamente satisfactorios, a pesar de contarse con mayor acopio de elementos de consulta y de información lingüística árabe que en los siglos medievales europeos.

tipo goliardesco) en que fustiga los efectos negativos de la riqueza, sin aparecer que haya aprovechado, si hubiera podido conocer la obra de Al-Harīrī, la segunda poesía que figura en la misma *maqāma* y en la cual Abū Zayd improvisa acerca de los males que el dinero acarrea.

Es de recalcar que si para comprender la depurada estilística literaria del *Collar de la Paloma* se requiere saber mucho árabe clásico, es todavía considerablemente mayor el dominio del mismo que hay que tener para leer las *maqāmas* de cualquier autor, por la rareza de los vocablos preferidos, por el constante y alambicado uso de tropos de toda clase, así como de las figuras de dicción, sintácticas y de pensamiento; en fin, por el empleo de cuantas sutilezas idiomáticas existen ⁷.

Pero nada hay en el libro del Arcipreste que nos permita colegir que sabía árabe clásico.

Si falta la evidencia de cualquier adaptación o perífrasis de algún autor arábigo, aun a través de traducciones o de tradiciones populares, no encontramos tampoco — insisto — ninguna simple referencia literaria concreta ni alguna cita o expresión textual tomada del árabe clásico o regular.

En el aspecto lexicológico, es verdad que se tropieza ahí con algunas pocas palabras puestas en árabe dialectal hispánico, de las que me ocuparé más adelante. En cambio, figuran muchos arabismos propiamente dichos, es decir, voces de procedencia arábigo que estaban adaptadas e incorporadas al romance de Castilla la Nueva en la época de Alfonso XI, como resultado de la larga convivencia y de los contactos culturales habidos no sólo durante el dominio islámico del reino de Toledo sino después de su reconquista por Alfonso VI.

⁷ Entre ellas está el abundante uso de las paronomasias, de las cuales hay ejemplos en el *Libro de Buen Amor*, si bien en éste no son exclusivamente retóricas ni siempre regulares, pareciendo a veces simples aliteraciones indeliberadas o sea viciosas (infançones/ faysanes; sartenes/ sardinas, etc.). Pero no es menester concebirlas como remedo del árabe, aun prescindiendo del muy diferente mecanismo morfológico que se aplica para elaborar tales figuras en dicho idioma. Las paronomasias pueden surgir de manera espontánea o por asociación en la mente de cualquier poeta al buscar palabras rimantes; o bien puede crearlas, en un afán de refinamiento, al querer emplear armonías fónicas que no residan únicamente en la consonancia o asonancia. Lo que sucede es que, contrariamente a lo que acontece en el árabe y demás lenguas semíticas, ese recurso elocutivo es mirado con desfavor en las lenguas románicas. Como bien lo ha significado Dámaso Alonso, éstas sólo lo toleran en composiciones frívolas o ligeras, aunque alguna vez — observamos — lo empleó Santa Teresa. (Aquello de « la verdad padece pero no perece »). Juan Ruiz que, a pesar de sus propias excepciones, tenía ciertamente una fina sensibilidad para la música del idioma, pudo, pues, valerse de tal recurso, sin reatos, en sus trozos festivos o humorísticos.

Verdad es, también, que aun subsiste en el *Libro de Buen Amor* cierto número de vocablos árabes bien identificados como tales pero respecto de los cuales no se habría podido verificar hasta hoy, en otras fuentes corroborantes, su asimilación castellana anterior; a los que hay que sumar algunos de significación imprecisa aunque de presumible procedencia árabe, que todavía no se han podido identificar porque estarían deformados, sin saberse si tal deformación provendría del texto autográfico original o de los textos originales (si se acepta la doble redacción) o son alteraciones de los copistas.

Sería muy importante establecer si el Arcipreste tuvo la iniciativa, poco probable, de introducir nuevos arabismos, lo que, de haber sucedido, no constituiría un argumento decisivo, aunque, sin duda, no carente de trascendencia con respecto a su « mudejarismo » idiomático. Pero mientras esa muy difícil comprobación no se haga, por falta de documentación exhaustiva sobre el vocabulario medieval español, debemos atenernos a la lógica presunción de que todos los términos árabes castellanzados que aparecen en el *Libro* han sido utilizados precisamente porque estaban ya en el habla de los conciudadanos del autor. Son términos cuya gran mayoría es dable hallarla en documentos literarios poéticos y prosaicos anteriores a Juan Ruiz o contemporáneos suyos ⁸.

El Arcipreste dice que compuso canciones « de danza e troteras » para judías y moras, mas no aclara en qué idioma popular las escribió ni las oyó. Si es verdad que las compuso, pudo haberlo hecho en romance, que mucho se hablaba en el pueblo de las dos Españas, máxime cuando más del 90 % del territorio peninsular estaba ya en poder de los Cristianos y sólo subsistía en el sur, y bastante lejos de Castilla la Nueva, el reino nazarí de Granada; y si no las compuso en romance tuvo que escribirlas, entonces, en árabe dialectal, suponiendo que efectivamente lo sabía... ⁹.

Lamentablemente, no hay en el *Libro de Buen Amor* ni se ha hallado hasta hoy ninguna de dichas canciones, pero lo cierto es que el conocimiento de árabe dialectal que testimonia el Arcipreste es insuficiente para considerarlo demostrativo de un dominio de ese lenguaje.

⁸ El *Poema de Fernán González*, el *Cantar de Mio Cid*, las poesías de Berceo, las obras de Alfonso el Sabio, el *Libro de Alexandre*, el de los *Doce Sabios*, *Barlaam y Josafat*, la *Vida de San Ildefonso*, las obras de Juan Manuel, etc.

⁹ Podría resultar redargüible que el Arcipreste hubiera escrito canciones en árabe dialectal, dada la reducida minoría de moriscos que durante el siglo XIV hubo de existir en el reino de León y Castilla, como lo ha señalado el Profesor Sánchez-Albornoz al

La gran mayoría de las voces árabigas que inserta se hallan en el lacónísimo diálogo de Trotaconventos con la renuente mora (estrofas 1509 a 1512): « lesnedri » (nada entiendo); ¹⁰ « çodra » (jubón o justillo); ¹¹ « legualá » (No, por Dios); ¹² « Alaúd » (por « 'alā wudd » (con afecto, amorosamente); ¹³ « ascut » (cállate); ¹⁴ « amxi » (camina, vete) ¹⁵.

No tomo en cuenta la interjección vocativa « Ya » de la estrofa 1509 *b*, distinta del « ya » adverbial igualmente usado en el Libro, porque era arabismo consagrado, lo mismo que « alualá » = albalá (billete, esquelá). Es, asimismo, el caso de « alaroça » (la novia), que ya había empleado Berceo y que Oliver Asín reencontró en los manuscritos de Gayoso y Toledo, coincidiendo, además, con Cejador en que el nombre de doña Garoza está inspirado en ese arabismo ¹⁶.

Fuera del citado diálogo con la mora, las demás expresiones textualmente vertidas del árabe son estas dos: 1ª, la tan discutida como oscura « cabel El Orabyn » (ms. S.) o « cabel el alborayn » (ms. G.) o « cabel el garavi » (ms. T.) de la estrofa 1229 *b*; ¹⁷ y, 2ª, la no menos enigmática expresión « caguil hallaco » — corrigiendo la errata de « hallaço » — (ms. S.) o « açaghulaco » (ms. G.) o « atanvellaco » (ms. T.), siendo

analizar las investigaciones de Lapeyre (*Géographie de l'Espagne morisque*, París, 1959), en su comentario de dicho libro en estos *Cuadernos*, (vol. xxxiii-xxxiv, 1961, pág. 327).

¹⁰ Según la lectura del manuscrito de Toledo — con la variante « lesnedir » en el de Gayoso — o « iznedri » (¿qué comprendo yo? = ¿qué sé yo? en el de Salamanca).

¹¹ Según el manuscrito de Salamanca — con la variante « açodra » (por « aç-şudra ») en el manuscrito de Toledo — o « çoda » en el manuscrito de Gayoso.

¹² Según los mss. G. y T., con las variantes « leu alá » en S^t (Corominas) y « le alá » en el S^a.

¹³ Según los mss. G. y T. y adhiriendo a la tesis de Oliver Asín, que es la más verosímil, con la variante « alac » en el ms. S.

¹⁴ Por « uskutí » en árabe regular. Según los mss. S^t y T., con la variante « açud » en el ms. G.

¹⁵ Según el ms. S., con las variantes « aun xi » en el ms. G. y « amxi » en el ms. T.

¹⁶ Opinión que no comparto por no parecerme debidamente justificada.

¹⁷ El sentido de los vocablos árabes de este verso se halla ligado, además, a la vulnerable lectura de los que le siguen (tañiendo/teniendo, rota/nota).

Algunos han sostenido que ahí figura la designación de un músico, por su nombre o por su afiliación a una escuela (Ribera, Menéndez Pidal, Corominas) y otros, que es el comienzo de alguna canción conocida (Cejador, García Gómez, Lida, etc.).

Si se adoptara la lectura del manuscrito de Toledo, que parece la menos segura, se

« çaguil hallaco » la verdadera lectura, según Corominas, de la estrofa 1516 c¹⁸.

Ninguna de las interpretaciones que se han propuesto para tan confusas expresiones son satisfactorias, por la manera en que hay que forzar los textos para darles un significado árabe.

La causa principal de esa incertidumbre reside, pues, en la ininteligibilidad de aquellas expresiones, si se estima que tienen que ser nombres árabes, como es dable sostener con la máxima probabilidad de acierto.

Entonces, ante cualquiera de las tres lecturas existentes para cada caso, caben estas hipótesis: o se trata de nombres árabes desconocidos (lo que me parece sumamente dudoso) o son nombres conocidos pero mal transliterados por el Arcipreste, o si éste los transliteró bien, fueron luego deformados por los copistas.

Lógicamente, si las fallas provienen del Arcipreste, ello daría lugar para atribuirle un mal conocimiento del idioma árabe, hasta en aspectos elementales.

De modo que, dada la carencia de mejores elementos de juicio para esclarecer ambos problemas de interpretación, debemos prescindir de ellos como posibles indicios concurrentes para apreciar la versación arábiga del autor, siendo de deplorar que las partes perdidas del Libro y las mutilaciones que el mismo ha sufrido nos hayan privado quizás de mayor material de análisis.

Pero sobre la base de los textos hoy disponibles, pienso que los arabistas estarán de acuerdo en que sería arriesgado sostener, por las solas palabras comprensibles transcritas en el Libro, que el Arcipreste sabía

podría aceptar la interpretación provisoria de García Gómez, en cuanto se trataría, como ya lo pensó Cejador, pero variando su solución, de la famosa canción popular cuya primera estrofa o verso fue transliterado por Salinas como « calvi vi calvi, calvi aravi » y que en árabe literario — suprimidas las nunaciones declinativas (en este caso, del ablativo y nominativo) sería « qalbi biqalbi (por « biqalbin »), qalbi 'arabí (por « 'arabiyyun », es decir: « mi corazón está en un corazón: mi corazón es árabe ». Corominas ha entendido « qalbi biqalbí » (o sea « mi corazón está en mi corazón ») pero él prefiere atenerse, al menos provisionalmente, a la conclusión de Menéndez Pidal, en el sentido de que « orabyn » se refiere a los partidarios de la escuela de la cantora 'Urayb, aunque me llama la atención la coincidencia con el instrumento « el oraibí » que menciona en el prólogo a su valiosísima edición del *Libro de Buen Amor* (pág. 50).

¹⁸ Estrofa tan enigmática como la anterior. Para algunos, también se trataría de una canción (Ribera, Lida, Corominas); para otros, se aludiría a un género musical o a la adaptación musical de un metro poético conocido (el « Tawil ») (Cejador, Richardson).

el árabe vulgar. Esos vocablos bien pudieron haber sido oídos en el ambiente, entre los que todavía eran recordados por las gentes de su época o fueron ocasionalmente aprendidos de alguien o si no, pudieron ser averiguados ex-profeso para ponerlos en su obra.

De cualquier manera, y aunque admitiéramos, hipotéticamente, un amplio conocimiento del árabe dialectal por parte del autor, ese lenguaje no le hubiera bastado para tener acceso a las obras escritas en árabe literal o clásico, ya fuesen antiguas o contemporáneas suyas.

Y si el Arcipreste no estaba capacitado para comprender el árabe regular no pudo haber leído las muy literarias páginas del *Collar de la Paloma* ni las eruditas y « culteranas » *maqāmas* árabes de Al-Harīrī o las de ningún otro autor »¹⁹.

OSVALDO A. MACHADO MOURET.

¹⁹ Se halla fuera del marco de las indagaciones cuyos principales tópicos y resultados acabo de exponer resumidamente, la cuestión relativa al « mudejarismo » psicológico-literario del Arcipreste. Es decir, su « mudejarismo » entendido como expresión de una actitud temperamental ante el mundo y como hipotético reflejo mental inconsciente, o aun consciente, de subsistentes influencias culturales islámicas que estaban, difusas en el ambiente de la época por los lugares en que el poeta habría desenvuelto su existencia ; y ello, naturalmente con prescindencia de su versación concreta sobre la cultura y la lengua arábicas, que es el tema del que me he ocupado aquí.